



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9790

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 22 DE JUNIO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Canmartin, 61, y J. Jones, Faubou Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola
arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crocks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de sertideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.
—PUERTA DE MURCIA. 38, 40 Y 42

LAS CARTAS DE JULIA.

I.

A todo el mundo le chocaba haberlos visto siempre lo mismo: á Juan de Dios amante y cariñoso, á Julia displicente y fría. No correspondía ésta con amor, con verdadero amor á las apasionadas caricias de su esposo. En público presentábanse juntos los dos: él devorándola con la vista; ella mirando á cualquier lado, desdén, indiferente, sin cuidarse por un momento de acariciar con los ojos á su marido.

Y el caso es que eran felices.... Llevaban siete años de matrimonio y Juan de Dios estaba cada día más enamorado de su mujer. Se consideraba feliz y la verdad es que no tenía motivo para creerse desgraciado: Julia no le dió jamás fundamento alguno de queja.

No se hablaba de ella como de otras muchas que coquetean con todo el mundo y creen que por ser hermosas deben tener una pequeña corte de adoradores á la cual se alimenta fácilmente con una mirada, con un suspiro, con una esperanza dada á tiempo. No; Julia no era de esas. Bien es verdad que con su ma-

rido no se mostró nunca todo lo cariñosa que debe serlo una mujer con el hombre elegido para compartir las horas de la vida, y esto demasiado lo comprendía Juan de Dios, y hasta en alguna ocasión lo había pensado detenidamente, pero desechó tales ideas diciéndose que aquella displicencia de Julia, podía ser causada por su mismo temperamento, por su carácter retraído... Lo cierto y verdadero es que la cara de Julia, sin dejar por eso de ser hermosa, parecía la estampa del fastidio y del aburrimiento.

Como había de pensar Juan de Dios que su mujer no le amaba... ¡Imposible!.. Por lograr Juan de Dios una sonrisa de Julia hubiera, hecho Juan de Dios los sacrificios más grandes, hubiera realizado las cosas más imposibles... Proporcionábale todos aquellos detalles que la comodidad más refinada puede apetecer, los caprichos todos y si al pensamiento humano fuera dado arrancar una a una las estrellas que tachonan el firmamento para con ellas alfombrar el paso de la mujer amada, arrojándolas á sus piés, Juan de Dios lo hubiera realizado... ¡Pensar en una infidelidad de Julia!... ¡Imposible! Por deber, por gratitud, aquella mujer debía estar siempre adorando á su esposo que había puesto en ella todo el amor que es capaz de sentir un hombre.

Y en los siete años de matrimonio nunca la más ligera nube enturbió la paz que disfrutaban ambos esposos.

Notó Juan de Dios que Julia se desmejoraba y echóse á temblar por la salud de su majerita.... Transcurrido algún tiempo adquirió la convicción de que Julia se moría.

Comprendió que la enfermedad que lentamente consumía á su esposa no se podía combatir con nada, que era producto de aquella inconcebible, de aquella melanco-

lla tenaz que ajaba su hermosura y minaba su existencia.

—Julia no ha nacido para este mundo... ¡Es un angel!— decía Juan de Dios desesperado.

Poco á poco, como una luz que se consume, la vida de Julia se acababa por momentos... Para combatir el mal la recomendaron distracciones varios doctores pero, ¿qué distracciones proporcionar á quien no recrea nada? ¿Qué remedio encontrar para un mal que no tiene nombre?

A veces presentimos las grandes desgracias y Juan de Dios presintió la muerte de Julia. Mientras ella, sin proferir una queja, sin exhalar un suspiro, aguardaba pacientemente su última hora; Juan de Dios recorria todas las habitaciones deteniéndose delante de aquellos objetos que le recordaban escenas de la vida pasada, momentos de placer de los que jamás podría olvidarse.

Un día penetró en el gabinete de Julia. Distruido comenzó á revolver los papeles de su esposa y, sin querer, se le llenaban los ojos de lágrimas al contemplar los pequeños enseres que su adorable dueña no utilizaria ya mas.... Abria y cerraba los cajones del escritorio automáticamente, sin saber lo que hacia, sin darse cuenta de ello... De pronto sus ojos se fijaron en un paquetito de cartas cuidadosamente atado con una cinta de color de traían á la mente aquellas cartas!.. Eran, sin duda, las que cambió con Julia, cartas llenas de amor, impregnadas de alegría infinita... Quiso recordar aquella época feliz, volverlas á leer, aunque su lectura le destroza el alma y desatando la cinta que las sujetaba comenzó la tarea.... Febril, ansioso, leía una y otra carta, mejor dicho, las devoraba.... Cuando terminó, pálido y desencajado, intentó levantarse... Hablaba en alta voz, como si estuviera loco... ¡Era verdad!.. ¡Julia le había engañado! ¡Y de que ma-

nera!... Aquellas cartas eran de su amante, en ellas el seductor á quien en un momento de arrebató, Julia se había entregado, la proponía borrar la falta aconsejándole el matrimonio con Juan de Dios.... Y después, mucho después de casada Julia había continuado aquellas criminales relaciones....

¡Era para volverse loco!... Y estaba allí moribunda, es verdad, pero con vida aun... Estaba allí, solo lo separaba de ella la puerta del gabinete. Desesperado Juan de Dios no reflexionaba... Pensó que aun podía vengarse, aun podía matarla complaciéndose en su agonía... Hizo un esfuerzo supremo, púsose de pie, cogió un arma y empujando la puerta penetró en la alcoba de Julia dando voces, gesticulando, iracundo...

En la semi-oscuridad de la habitación veíase á Julia reclinada en una verdadera montaña de almohadones, con el cabello suelto, los ojos hundidos, las manos descarnadas...

Juan de Dios se detuvo, la contempló un instante, nubláronsele los ojos y arrojando el arma lejos de él, echó la cabeza en el pecho de Julia llorando como un niño y diciendo con voz velada por los sollozos:

—¡Qué mala!... ¡Qué mala eres!..

Guillermo de LOJA.

TIJERETAZOS

Leemos:
«Se están recogiendo firmas entre los propietarios y vecinos de Sarriá para elevar una exposición al Gobierno pidiendo que se rebaje á 17'50 por 100 el tipo de 23 que actualmente paga de contribución la propiedad urbana.»
Un documento más para el archivo.

En prueba de que se va perdiendo la afición á los toros allá va eso:
«Se está construyendo una plaza de toros en Nataró para verificar alguna

corrida durante las fiestas de las Santas Juliaca y Semproniana.

En la corrida inaugural matará el simpático Bombita.»

Leyendo estas cosas cualquiera cree que va á ser aprobada la proposición de D. Tiberio Avila sobre la supresión de la fiesta nacional.

Dicen de Barcelona:

«Dos mujeres que habían estado al servicio de un particular acaudalado en la calle de Gerona, fueron á reclamar esta tarde á su ex-amor los salarios que éste les debía. Enzarázose de palabras los tres hasta el punto que, exasperado el deudor, empezó á bofetadas con las mujeres, causándolas algunas lesiones, de las que han sido curadas en la casa de socorro.»

Están á la orden del día las bofetadas.

Cuando no se dan en el Congreso se dan en la plaza pública.

El sultán de Marruecos ha sido ya reconocido.

Ahora debe dedicarse á conjugar el verbo reconocer.

Para reconocer las deudas y pagarlas. Sin olvidarse del consabido millón de duros.

El presidente del Consejo ha oficiado de Papa y ha lanzado sobre el Sr. Chavarrí la siguiente excomunió mayor:

«Los liberales pueden ser proteccionistas; el señor Chavarrí puede ser emigo de los tratados, pero ningún liberal puede ayudar á los adversarios del Gobierno aliándose con los conservadores. Quien esto haga, no necesita excomuniarnos más.»

Así, así.

Ahora solo falta que el señor Chavarrí quiera irse.

Se dan casos de que ni á escobazos se puede echar á un hombre de donde estorba.

Decía un periódico antes de ser votada la proposición de confianza:

«Los conservadores se m estrañan convencidos de tener mayoría sobre el gobierno.»

Y efectivamente; se quedaron cien votos por debajo.

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 95

de nuestra dominación en el Occidente; esas siete hojas de laurel son un talisman poderoso que te servirá para adquirir otro que pende del cuello de una mujer y que te hará invencible con los tuyos.

Véte; el destino te presentará esa muger, que hará arder tu corazón con un fuego desconocido para tí; esa es tu prueba. Si ella te despoja de esas siete hojas, ¡ay de tí! ¡ay de Granada! Si tú la arrancas el talisman, grande será tu porvenir y dichosa tu eternidad.

Tras esto, los viejos se tornaron á sus divanes, se replegaron sobre sus rodillas y se envolvieron en sus túnicas.

Muza quiso hablar, pero la voz se perdió en su garganta, sus ojos se nublaron, desaparecieron los objetos y la sombra densa y apenadora envolvió su ser; hizo un esfuerzo y tornó á abrir los ojos: todo había desaparecido como por ensalmo; encontróse gineete sobre su cárcel Samyel, en el mismo sitio donde se había detenido para contemplar el real de los nazarenos; la luna brillaba diáfana y nacarada, y las brisas pasaban junto á él saturadas con los balsámicos aromas de los cármes del Dairo; escuchábase al lejos el hálito de vida de Granada, el grito de los atalayas de la Silla del Moro y el nocturno y vigilante ladrido de los perros campestres; Acbaki de pié, in-

94 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

¡Lágrimas llora el alba sobre Granada, y el sol se tinte de sangre cuando arroja su mirada vespertina á la mas alta de sus almenas!

¡A la lid! ¡a la lid! ¡que la gacela se salve y que el alba ria sobre sus praderas!

¡A la lid, emir! ¡que tus feroces almogáwares pisen las haces de los nazarenos como pisa el labriego en la trilla la mies!

¡A la lid, emir, por la gloria de siete siglos! ¡A la lid, y que la sangre del lobo manche los gentiles piés de la gacela.

El canto del anciano era bravo, semejante en sonidos al clamor del combate ó al gemido del cautivo; se había levantado de su divan y con él los otros seis ancianos, que lentamente habían adelantado hacia el centro del octógono, hasta tocar con sus espaldas el cuerpo de Muza.

Y este las sintió punzar su carne, sin estremecerse ni palidecer ante la froz expresión de los semblantes de los siete ancianos, que dejaron caer las agudas puntas sobre el pavimento que gimió en un eco sonoro y prolongado.

Entonces cada uno de los siglos arrancó una hoja de oro de su corona de gloria y las entregaron á Muza.

—Emir, le dijo el mas anciano; esas siete hojas de oro manchadas de sangre, encierran: toda la gloria

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 91

tas impulsadas por las brisas; y el sol brillaba deslumbrante sobre aquellas nubes, y sobre aquellos mares, y sobre aquel hemisferio matizado de púrpura, azul y esmeralda.

Y este día alumbrado por el radiante sol del Islam, era el jueves cinco de la luna de regeb del año noventa y dos de la egira (1).

Cien galones surcaban las aguas del estrecho, y en ellos Taric-En-Zyad el invencible conducía á las tierras de Occidente veinte mil caballeros árabes, entre los cuales se contaba muchedumbre de berberiscos y hebraizantes.

Y Taric aferró los galeones á tierra, y salió fuera de ellos con sus ginetes y sus banderas, y quemó las navas; en frente del monte de la Entrada ó de la Victoria, porque en él se vertió la primera sangre de la conquista, y fue vencido el príncipe Teodomiro á pesar de su generosa resistencia.

Y por ello, desde entnces en honor de Taric, se llamó el monte Geb-al-Taric.

Los árabes se tendieron como el huracán sobre la tierra que habían pisado victoriosos, y una luna adelante en cinco de jawal, la cabeza del rey D. Rodrigo fue cortada por Taric como prendi de triunfo, después de tres días de un sangriento combate en los

(1) 711 de J. C.